

SIMBÓLICA SENSUALIDAD

La obra narrativa del cordobés Campos Reina no defrauda por su ambición y amplitud de miras: hacer balance de la rugosa historia del siglo XX español a través de la saga de los Maruján. En esta ocasión nos ofrece una bilogía con dos novelas en las cuales late la simbología del famoso mito de Orfeo.

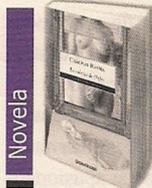
ANTONIO MORENO AYORA

POCO más de dos años han pasado desde que Campos Reina publicara su amplia *Trilogía del Renacimiento* (compuesta por *Un desierto de seda*, *El bastón del diablo* y *La góndola negra*), con alguno de cuyos personajes, y más concretamente con el apellido Maruján que los individualiza, entronca ahora la novela que, como estas anteriores, le edita nuevamente DeBolsillo (Random House Mondadori) con el título de *La cabeza de Orfeo*.

En ella tiene el lector casi trescientas páginas, de excelente calidad y complacencia en el carácter de los personajes, que van repartidas en dos títulos internos —maquetados en un estuche— que la convierten en una bilogía, a saber: *Fuga de Orfeo* y *El regreso de Orfeo*. Sobre una y otra pende, tal espada de Damocles que determina su comprensión, el mito de Orfeo, según el cual las Bacantes degüellan a Orfeo y arrojan su cabeza al río Hebro, en cuyas aguas continúa cantando mientras lo arrastran hacia el mar y éste, a su vez, a la isla de Lesbos, por la que se expande su canto impregnándola de Poesía. El mito, como veremos, explicará la simbología latente en estas dos novelas y las integrará en la unidad superior que representa el título que las aglutina.



Detalle de vasija griega con iconografía referida al mito de Orfeo.



Novela

• 285 págs.
• 11,90 €

La cabeza de Orfeo

CAMPOS REINA

• DeBolsillo
(Barcelona, 2006)

Fuga de Orfeo es la novela de mayor complejidad estructural por cuanto la componen un texto preliminar a modo de carta dirigida a un editor actual, el diario que durante su último año de carrera en Sevilla escribe Leo Maruján hacia 1990 —y que resulta ser el manuscrito adjunto a la citada carta por el padre del protagonista, Jesús Leopoldo Maruján—, y un tercer texto a modo de breves objeciones sobre el relato anterior anotadas por un tal don Camilo (que había sido censor en tiempos no lejanos). Es un orden que acabará sugiriendo que el manuscrito queda emparejado por una ideología y una moral de otro tiempo, porque quien firma la carta fustiga ya en ella el relato que adjunta de su propio hijo y lo califica duramente con juicios como el de que “todo es engolfamiento en el sexo”. La calificación se justifica porque el argumento contiene las frecuentes experiencias erótico-sentimentales de Leo con sucesivas mujeres que le han marcado y él relaciona con los inicios de su sexualidad infantil. Leo, que habla en primera persona y se define como “un hombre triste, apesadumbrado por la vida”, intenta desligarse de la educación religiosa y familiar imbuida en su infancia (su padre era un antiguo dirigente falangista) y vive pendiente del sexo y de la lectura, dos de los tabúes de la España franquista a la que se opone mediante un comportamiento clandestino que el lector descubrirá con sorpresa. Como Orfeo, Leo es un descabezado porque su vida representa la separación de la historia fami-

liar al asumir principios de libertad que acaban simbolizando su crítica a una etapa histórica reciente.

Sevilla es también el escenario de *El regreso de Orfeo*, cuyo protagonista León Maruján, después de quedarse ciego, se aloja en las proximidades de la antigua Judería y malvive en ella su drama íntimo refugiándose en la música y en el descubrimiento sensual del entorno que le proporcionan su tacto y su oído. La sensualidad llega a límites insospechados (atenuados en parte por el tono narrativo de la tercera persona) y revitaliza el mito por cuanto, sin su mirada, León es otro Orfeo cuya ceguera mutila su cuerpo y reduce sus posibilidades de plantearse la existencia. Ésta, envuelta por “la música de la soledad”, engarza también con su pasado infantil a través del romance con Bet y con el recuerdo atesorado de sus ancestros, asumido “cuando su padre comenzó a hablarle de los Maruján y de la casa familiar en el pueblo”. El lenguaje, el tono y el ritmo de la narración vienen determinados por cierta clave musical oculta (el mismo León es pianista consumado), pues el autor dice haber escrito mientras escuchaba la música de Erik Satie, cuyas notas pausadas marcaban la cadencia narrativa.

Frente a la ironía y la sátira del primer título, calificado por el censor de procaz y libidinoso, se alza la emotividad y reconcentración del segundo, si bien los respectivos protagonistas viven similares crisis de personalidad que le hacen reflexionar sobre su presente y enlazarlo con su pasado, una vía que sitúa ambos textos en los planteamientos espacio-temporales tan característicos de Campos Reina y los inscribe, con la irrupción de nuevos personajes, en el mundo de los Maruján presente, sobre todo, en una de las novelas de la anterior trilogía: *El bastón del diablo*. Con *La cabeza de Orfeo*, Campos Reina ha concluido su particular reflexión sobre la historia de España durante el siglo XX, reflexión literaria que sucesivamente ha ejercido en sus anteriores y referidas novelas *Un desierto de seda*, *El bastón del diablo* y *La góndola negra*. ■